

Y entregó, con un gesto grave, la carta á William.

He aquí la carta:

Estación de Viroflay. Noche.

« Julieta:

»¿Verdad que matar á lord Annandale no sería el medio de recobrarte? Pues bien; puesto que Julieta ha concluido para mí, me mataré yo. Pero no quiero que caiga sobre ti lo odioso de mi muerte, y cuando recibas mi carta ya habré sido hecho pedazos, al caerme de un vagón, entre dos trenes que se cruzan. Está tranquila, he estudiado la cuestión sobre el terreno, y ya sabes que soy *hombre práctico*. La cosa será una muerte natural muy bien hecha, y en la que nada tienes que ver. ¡Oh! No temas que te haga reproches, Julieta. He tenido una infancia de pobre, una juventud de hombre feo, de hombre ordinario, y, en el infierno de mis negocios, mis únicos buenos años, y que me hacen imposible la vida en adelante privado de ti, á ti los debo y te doy las gracias por ello. No he amado en toda mi existencia más que á ti, á ti sola, y á un pobre perro que te acariciaba y que á ti te gustaba acariciar. Eres demasiado orgullosa para aceptar de mi herencia cualquier cosa, pero no rehusarás el legado de *Dick*, y dentro de un momento, al morir, me será dulce pensar que, cuando yo no

exista, el animal amado por los dos estará algunas veces en tus rodillas.

»Adiós,

»BLANCHERÓN.»

La mirada de William fué de la carta del suicida al rostro de la Faustin, y sintió una especie de espanto al ver las pocas raíces que deja en el corazón, nuevamente enamorado, de una mujer, un antiguo amor.

—Ese hombre te amaba verdaderamente —dijo con una nota enternecida en la voz lord Annandale;—hay que enviar por su perro.

## XXVI

Algunos días después, lord Annandale y la Faustin visitaban, precedidos del portero, uno de los grandes hoteles de la calle del Faubourg Saint-Honoré, que estaba en venta.

Al atravesar una tras otra las habitaciones de recepción, el joven lord iba delante, mirando apenas, en una especie de ensimismamiento completamente británico y que no presta á las cosas exteriores más que una atención distraída, absorta. Y los comentarios del portero sobre la altura de los techos, la calidad de las pinturas, lo acabado de los artesonados esculpido, no



obtenían del visitante más que un ligero movimiento de párpados.

Llegaron al primer piso. Las persianas estaban cerradas. Al empujar una de ellas el portero, voló de la rama de un árbol pegado á la ventana un pájaro con un piar de susto.

—*Bird* (1)—dijo lord Annandale, levantando la mano, con rostro á la vez sorprendido y encantado é iluminado repentinamente.

Después el inglés recobró su flemática indiferencia, y la visita continuó en medio del desaliento del portero.

Al volver á bajar el pobre hombre se atrevió, sin embargo, á decir:

—Dispensen Vds., se me había olvidado enseñar al señor y á la señora esta pieza.

Y les hizo entrar en una salita donde había una gran pila de mármol, pero de un mármol muy ordinario.

—¡*Bath!* (2)—dijo lord Annandale como dulcemente asombrado por el afortunado encuentro de un objeto inesperado, y quedándose algunos instantes, cruzadas las manos, contemplando sonriendo el baño.

Cuando volvió á alzar los ojos, vió á la Faustin metida ya en el corredor, y an-

(1) Pájaro.

(2) Baño.

dando, como si huyese, estremecida por extrañas sacudidas.

Y se reunió á ella casi inquieto.

—¿Qué te pasa, Julieta?

La Faustin, comprimiendo con el pañuelo en la boca unas locas ganas de reir, le dijo dándole terribles codazos:

—No me preguntes nada... después.

Quedaban por ver las caballerizas. El portero, animado á hablar por la buena impresión que había producido el baño en el visitante, abría la boca para detallar el número de las *boxes*, etc., etc... Lord Annandale tuvo para la caballeriza del hotel la mirada que habría podido echar, sobre una caballeriza de burgués de su tiempo, el Conde que hizo construir las caballerizas de Chantilly, se contentó con entreabrir la puerta, echando una ojeada á derecha é izquierda, y dejó al portero, con el gorro en la mano, pasmado de la originalidad del personaje.

—¡Oh, querido! déjame reir—decía la Faustin en el carruaje, estrechándose un poco para dejar sitio á su amante—si no me pondré mala... *bird*—é imitaba el gesto de lord Annandale ante el vuelo de los pájaros;—*bath*—y remedaba su contemplación enfrente de la pila—porque estas son las dos únicas palabras que has pronunciado durante toda la visita... ¡Ah! Verdaderamente has estado muy gracioso... ¡Decir



que en lo que has visto no has parado atención más que en esas dos cosas!... ¿Vas á comprar el hotel sólo por el pájaro y la pila?...

Y perdiendo la seriedad que había casi recobrado, y recostándose en el fondo del carruaje, la cara de la actriz era una pura risa, una risa de colegiala, encuadrada en un adorable sombrerito redondo, una especie de arco iris de plumaje, hecho de la cola de un pavo real.

El amante, al pronto algo desconcertado, se echó, al cabo de algunos instantes, á reir también, y acabó por decir:

—Sí, es verdad, querida, el inglés ha asomado un poco en mí ahí... ¡Qué quieres!... Y además, nosotros, cuando compramos una casa, aun en una población, no la comprendemos sin árboles y verdura, y ese pájaro me decía de pronto que había de eso donde yo estaba... En cuanto á la pila, esto hablaba á la manía de baño de nuestra nación... sólo que acaso he parecido demasiado asombrado de encontrar con qué bañarse en una casa francesa... Pero ahora no se trata de la pila ni del pájaro... acaba de reir... ¿te gustará habitar esa casa?

—¡Cómo!... Muy difícil sería de contentar... Es uno de los hoteles más hermosos de París...

—Yo lo encuentro... muy decente también... pero lo que sobre todo me hará com-

prarlo, es que tiene mucho terreno y se podrá doblar las caballerizas... y otra cosa me agrada... quiero tener mi portero interior como en Londres... el vestíbulo es muy grande... se le puede encerrar en un kiosko que será su sitio... ¿De modo que el hotel te gusta, y estás dispuesta á entrar en él mañana?

—¡Mañana!... En Francia hay formalidades para la venta de las casas, que necesitan cierto tiempo.

—El hotel está en alquiler y en venta ¿no es esto?... pues lo alquilo y lo compro... eso lo arreglará mi agente de negocios.

## XXVII

No había pasado todavía un mes, cuando estaba instalada la enamorada pareja, y como si hiciera largos años, en el hotel restaurado, retocado, adaptado á las costumbres de la vida londonense, y poblado de la numerosa servidumbre que constituye una casa montada á la inglesa.

Había en el kiosko, nuevamente alzado en el pórtico del hotel, el portero interior, cuyo único servicio consiste en tocar los botones del timbre que comunican con todas las dependencias.

Había en la antecámara, delante de una



mesita en la que estaba la escribanía y la bandeja de plata que sirve para llevar las cartas, el *footman*, el lacayo con sus cabellos no empolvados como los cocheros, sino pasados de yeso mate, y sentado en uno de esos grandes sillones de inmenso respaldo, y cuyo origen viene de la costumbre de esperar á su amo á la vuelta de las sesiones nocturnas de la Cámara de los Lorees. Y sobre una consola se veía siempre el sombrero del amo, puesto al lado de cepillos brillantes y al lado del junco y del par de guantes para salir, extendidos y estirados y parecidos al molde de las dos manos de un muerto.

Había, al lado de la antecámara, el *parlour*, el locutorio, un salón serio, sin nada en las paredes, para recibir á las gentes no consideradas como iguales del amo, los comerciantes, los curiales, los médicos, los veterinarios.

Había para el servicio de mesa todo un regimiento de criados con atribuciones especiales, y bajo el mando del *butler* (sumiller) una especie de mayordomo que tiene las llaves de la cueva, no hace más que dar órdenes, y que no lleva librea.

Había el intendente encargado de todos los asuntos de dinero con los criados, una especie de secretario subalterno.

Había el ayuda de cámara privado, el servidor de fundación en la casa, y que no

se cambia sino á consecuencia de graves revoluciones interiores, el criado que habla dos ó tres idiomas, y siempre el italiano y el alemán, y raramente el francés, el hombre de todas las misiones de confianza, que hace el servicio de correo en los viajes y tiene el encargo de asegurarse si hay *tub* en los hoteles donde se parará.

Había el *boy*, un muchacho de diez y seis años que llenaba el oficio de una especie de paje de la Faustin y al que se encargaban las comisiones elegantes.

Había todo un mundo femenino bajo la dirección de la *house-keeper*, la matrona de negro, y una lencera y una segunda doncella que ayudaba á la Guenegaud, y un enjambre de *chamber maids* de gorritomariposa, encargadas del servicio de los cuartos; y en la cocina bullían aún una media docena de robustas criaturas de hermosos brazos blancos.

En fin, había la caballeriza, establecida en compartimentos absolutamente separados, la caballeriza con su jefe de caballeriza, un poderoso personaje encargado de la compra de los caballos y de la disciplina interior, con un carruaje y un caballo para su servicio; luego, el cochero del señor, que vivía fuera de la casa con su familia y no conducía más que al señor, y llevaba las ventanillas levantadas cuando había bajado el señor; además, el cochero de la se-



ñora, que no conducía más que á la señora; y por bajo de estos tres dignatarios, todo un populacho de gentes de cuadra, con gorra escocesa, chalecos con mangas de lustrina, y siempre silbando é invisibles para todo el personal del hotel, desde milord hasta el último de los servidores.

El portero había sido escogido entre los hombres de mayor talla.

El *footman* de la antecámara había sido elegido entre los mozos más guapos.

El jefe de caballeriza había sido elegido entre los bípedos dotados de piernas más torneadas.

Toda una servidumbre, en la que cada individuo está encerrado en una especialidad, como lo está en la India un atacador de pipa, y con algo en sí de un servidor automático y rígido de un culto lleno de ritos, y en el que el cambio de las copas y de los platos en la mesa, se parece á la celebración de un misterio; toda una servidumbre que ponía en su servicio el silencio, la acompasada gravedad, la fría solemnidad de etiqueta que rodeaba al acostarse Luis XIV la ceremonia de la presentación de la camisa regia.

El paso de la vida burguesa á aquel medio de fastuosa existencia aristocrática, no produjo á la Faustin ni deslumbramiento, ni transporte de vanidad en el cerebro, ni siquiera un gran goce. Existía en la trági-

ca la costumbre de los palacios de teatro, al mismo tiempo que era algo de la raza del pilluelo de París, más dispuesto á burlarse de los favores de la gran fortuna que á asombrarse de ellos. La mujer se divertía con aquello como con un cambio prodigioso de decoración, con una novedad divertida, con una revolución de farsa. Parecíale, según su expresión, vivir en una *chinesquería* muy regocijada.

## XXVIII

Entonces los dos amantes publicaron sus amores en el Bosque, en las carreras, con trenes espléndidos; los exhibieron en los estrenos en los proscenios de todos los teatros; los pasearon, en su indiscreta dicha, en los bailes y fiestas de beneficencia; los mostraron algo ostentosamente en todos los sitios del placer caro, en medio del rumor de curiosidad celosa que se forma en las multitudes alrededor de los amores dichosos que aparecen en medio de los esplendores de la riqueza.

Pero aquella publicidad de su amor era completamente exterior, su vida volvía á ser una conversación á solas así que entraban en el hotel. En Londres, un hombre que tiene relaciones ilícitas, no acoge á



nadie en casa de su querida, no se muestra jamás en público con ella. Ese hombre viviendo en Francia, hecho *continental*, se aventura á salir con la mujer amada, pero conserva, de las costumbres de su patria, cierta resistencia á introducir á sus amigos, sus relaciones, en un hogar que no es el hogar conyugal. Lord Annandale no recibía, pues, y toda la numerosa servidumbre del hotel giraba en el vacío del inmenso comedor, alrededor de la mujer y del hombre, sentados solos á la mesa. Y la puerta del hotel no se entreabría apenas más que después del almuerzo, á esa hora en la que el dueño de la casa, en Inglaterra, hace á sus visitantes los honores de su caballeriza, y en la que el amante de la Faustin no podía resistir al deseo de enseñar sus caballos ingleses á sus compatriotas, y al placer de hablar mal un poco de los caballos franceses «esos caballos siempre en el aire».

## XXXIX

Aquello era, pues, una conversación á solas entre el hombre y la mujer desde la mañana hasta la noche y que se continuaba en medio de la multitud de sus salidas, de tal modo eran el uno del otro, una conversación á solas en la que la mujer que

amaba no encontraba un momento de fastidio, y el hombre de raza extranjera estaba, constantemente, como embriagado por el ascendiente del cuerpo y del espíritu de la gran cortesana de París: la que da el placer amoroso más perfecto que existe en la tierra.

## XXX

La Faustin era de mediana estatura, y más bien baja que alta, y muy elegante en su linda persona, con las delicadezas y las esbelteces de una aparente delgadez. Era una de esas falsas delgadas, con pecho que podía llenar, como decía el siglo XVIII, las dos manos de un hombre honrado, con caderas de mujer gruesa, y en la que todo el resto del cuerpo había conservado el delicado y juvenil modelado de un cuerpo de niña. Poseía—encantadora distinción física en camino de desaparecer—hombros graciosamente caídos, y cuando estaba descotada, se veía en la curva suave de su espalda, cerca del arranque de los brazos, dos hoyuelos que reñan. Y su piel, de una palidez animada y casi imperceptiblemente rosada en el rostro, se hacía en su torso, en sus miembros, de la blancura mate de las trigueñas, de la caliente blancura exan-



güe pintada por Ticiano en el pecho de su querida. Y además, cabellos castaño oscuros que ondulaban sobre sienes ramificadas de azuladas venillas, y una frente luminosa de protuberancias inteligentes, y una naricilla graciosa que nada tenía de trágica, y una boca de pliegues burlones, una boca dulce é irónica, que quedaba algunas veces entreabierta con una sonrisa helada de estatua: un conjunto de rasgos poco regulares, completamente modernos, completamente parisienses, pero cuyo dibujo desaparecía con los juegos de la fisonomía, con el encanto fascinador de los ojos de la mujer.

La Faustin tenía ojos grises, ó más bien de un matiz indefinible, ojos del color de una ola, con algo dentro como la sombra ó la transparencia que pone el paso de una nube ó de un rayo de luz en el agua del mar: ojos á la vez oscuros y claros, ojos que el mal humor hacía negros y casi malos, ojos que la alegría, la simpatía, el amor hacían azules y dulcísimos.

La Faustin tenía esta mirada, y un talle en el que, en medio del aspecto más distinguido y de la armonía de los gestos esculturales, se estremecía siempre algo de la vida inquieta que conservan, hasta en reposo, las caderas de las bailarinas de cuerda.

"ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXI

Pero lo que formaba, sobre todo, el encanto de la mujer, era la originalidad de su naturaleza. Gustaba, encantaba por lo imprevisto de su familiaridad. Recibía, del contacto de las cosas y de los humanos, impresiones particulares cuya expresión se traducía de una manera inesperada, insólita, diferente de las demás mujeres. Veía, sentía, amaba de una manera completamente personal. Entre las mujeres de nacimiento y de educación burgueses, el ser femenino, del grande al pequeño, de arriba á abajo, es siempre, por decirlo así, el mismo ser, y la sensibilidad de las unas y de las otras parece fabricada por un patrón idéntico. Bajo la acción de las cosas exteriores, la mujer bien educada ó casi bien educada, tiene repulsiones, ternuras, conmiseraciones, hasta ataques de nervios que parecen haber sido previstos y descritos en un programa formado para toda la clase; y esto con una medida, una ponderación jamás excesivas. En todas, los primeros movimientos del alma son segundos movimientos, movimientos corregidos, enmendados, hechos decorosos, y en todas, salvo pequeños matices aportados por un tempe-



ramento, por una nerviosidad excepcional, todo pasa bajo el despotismo de cierta corrección que atenúa y borra la personalidad. Estas mujeres, aun las más inteligentes, tienen igualmente ideas formadas de antemano sobre todas las cosas del mundo, con arreglo á *clichés* aceptados, un formulario corriente de la distinción, un catecismo del pensamiento de las gentes bien educadas. No se atreven á mostrar fuera nada de lo que se rebela, se insurrecciona, diablea en su cerebro, de lo que podría parecer singular, anormal, excéntrico, en fin, diferente de lo que piensan sus semejantes. Rehechas así por la educación, moldeadas así en la producción de primer impulso de sus sensaciones y de sus pensamientos, estas mujeres son de una uniformidad desesperante, y no aportan á los ricos aburridos de las viejas civilizaciones, á sus maridos, á sus amantes, nada que revolucione su apatía, la sacuda, la divierta, la distraiga violentamente. Y aquí tenéis la explicación de muchas relaciones de hombres de las capas superiores con mujeres de las capas inferiores.

En la Faustin, por el contrario, había el sabor áspero y *sui generis* que se desprende de una criatura del pueblo, en el cual seguía, cuya alimentación amaba, y en medio del que se complacía en encontrarse entre los fuegos artificiales, las fiestas po-

pulares, las ferias de los alrededores de París. Y de este origen había conservado movimientos del alma menos disciplinados, impresiones más cercanas á la naturaleza, sensaciones más exteriores, y un arranque, y una alegría de pobre diablo conservada en la existencia feliz, y una vida de pulso precipitado, una vida agitada, movida, de torbellino, que no era el fustigamiento enfermizo de las mujeres de mundo, sino más bien el ruido, el alboroto de una sangre en la que hubiera quedado algo de la infancia; una vida tan viva, que su trato tenía un no sé qué de escitante para los demás, y los hacía habladores, ingeniosos.

Y si, como todas las mujeres, tenía ciertos días sus nervios, y más violentamente que otras, eran cortos accesos de que salía pronto con una broma.

Pero para ser una criatura del pueblo y haber quedado como del pueblo en ciertos aspectos, la Faustin era al mismo tiempo la criatura de elección dotada aristocráticamente, dando testimonio de ello de pronto con esas elegancias superiores del alma y del cuerpo no aprendidas y encontradas no se sabe cómo y por qué intuición, y que no encuentran siempre las gentes nacidas en los medios de esas elegancias. De una tnantería pasaba á una risa suave; de una grosera irritación, á una caricia de una genietiza de su invención; de una vivacidad



arriesgada, al supremo buen tono; corrigiendo una frase ó un gusto *canalla*, por una gracia, una exquisitez suya, y, si le entraban ganas, como en casa de su hermana, de beber un vaso de *coco*, lo bebía en un vaso de Venecia: mostrando, en fin, en todas las horas del día y de la noche, un ser diverso y múltiple, en el que, una tras otra, la duquesa alternaba con la griseta.

Aquello era transformaciones, metamorfosis, súbitas transfiguraciones, en que la mujer, renovándose, por decirlo así, se hacía amar siempre y siempre bajo una nueva forma. Y además, locuras y truhanerías, y sensibilidad allí donde no se esperaba, é ironía que se burlaba ingeniosamente de su propia persona, y hallazgos en las ingeniosidades de la delicadeza amante, y pensamientos no educados, y palabras completamente nuevas, y una sucesión extraordinaria de rápidas y de fugaces sensaciones expresadas á la buena de Dios y tales como atravesaban por la mujer. Todo esto mezclado de una ignorancia de niña, de una ignorancia que confesaba con ingenuidad tan encantadora que daba ganas de abrazarla.

Así es como un día, escribiendo la Faustin una carta á su director á la vista de William, que la leía por encima de su hombro, y habiéndole hecho notar éste dos ó

tres faltas de ortografía, rogándole que la escribiese otra vez, la trágica decía en un tono adorablemente obstinado:

— No, voy á enviarla así, esto es más natural.

Y la mujer que escribía tan mal, que escribía como una mujer del siglo pasado, se expresaba divinamente, y nadie en el mundo tenía en la acogida un encanto parecido al suyo, ni se apoderaba de las gentes y las hacía suyas por un más gracioso y más imperioso mandato que se desprendía de las gracias de su cuerpo.

### XXXII

La Faustin tenía además, para los hombres que vivían en su sociedad íntima, una seducción particular: poseía un tacto de mujer artista, que le hacía descubrir en los hombres un mérito, un encanto, una distinción que á veces ignoraban ellos mismos, y de cuyo descubrimiento le quedaban reconocidos, como si hubieran sido realmente dotados por ella de ese mérito, de ese encanto, de esa distinción. Estaba dotada, en efecto, de una delicada percepción que iba en seguida á la cualidad oculta, á la particularidad rara, á lo bello no visible que esconde todo individuo, á esos



nadas seductores, que son muy á menudo los secretos átomos ganchudos del amor. Era una vibración de la voz, un *esprit* de la sonrisa, una belleza de la mano, una manera de cualquier parte del cuerpo, que la amiga ó la amante ponía de pronto en relieve. Y al descubrir un gentil detalle, físico ó psíquico, en los que amaba, la Faustin se animaba, se calentaba, se entusiasmaba, como anima, caliente, entusiasmo un cuadro, una estatua, y esta admiración se hacía en su boca tema de frases acariciadoras, y con todas las cosas entrantes y penetrantes que las caricias de una voz de mujer un poco embriagada, y que no dice ninguna tontería, depositan en el fondo de la vanidad de un hombre. Y su encalabrinamiento por las elegancias en las cosas más pequeñas, iba algunas veces tan lejos, que habría sido capaz, en un día de entusiasmo, de persuadir á cualquiera, que hiciera de una manera superlativa en su mesa una ensalada de trufas, de que era un hombre excepcionalmente dotado.

El imperio de la Faustin sobre los hombres por estas amables lisonjas, lo debía á la sinceridad, á la franqueza de su admiración, en la que no se advertía ni una premeditación, ni una truhanería, ni un cálculo, sino que era la expansión espontánea y completamente natural de una especie de amor de aficionado por lo encanta-

dor, lo distinguido, lo acertado en la especie humana, y que se formulaba en la mujer con una exaltación y una palabra entusiastas.

## XXXIII

Hubo en el siglo pasado un amor de inglés por una cortesana francesa, amor cuya ternura apasionada encontró, una dulce noche de verano, esta hermosa frase amante: «No la mires tanto, querida, que no puedo dártela.» Era una estrella lo que su amada miraba.

Se habría dicho que había en la pasión de lord Annandale algo de la pasión de aquel otro tiempo, y que en esta adhesión de nuestros días revivía algo de la unión de los dos amantes del siglo XVIII y del tierno embrujamiento de lord Albermale por Lolota.

En la paz del gran hotel, en medio de la muerte olorosa de las flores, que, con la blanda caída de sus hojas sobre el mármol de las consolas, marcaban el insensible transcurrir del tiempo, mientras que los dos estaban el uno junto al otro, fundida á la vez la carne de sus manos, horas llenas de dichosos nada de admiración, vivían en un *far niente* de felicidad, en el que hablar les parecía un esfuerzo.



Y aquello era dulces presiones, cambios de sonrisas perezosas, una voluptuosidad de corazón completamente tranquila, una muda dicha, de donde, al cabo de largo tiempo, el reconocimiento del hombre, no sabiendo cómo atestiguarle, subía á los labios en esta interrogación, hecha con la voz solicitante del deseo:

—¿No deseas nada, Julieta?

—No.

Y volvía el silencio en el olor de las flores más olorosas, en la caricia de los cuerpos más juntos, en la expresión más lánguida de las sonrisas y de las miradas; silencio interrumpido al cabo de otro largo espacio por una nueva interrogación, que con palabras diferentes era siempre la misma.

—¿No tienes gana de nada, Julieta?

—No.

Y estas dos preguntas del hombre y estos dos *no* de la mujer, eran todo el diálogo de sus amores.

#### XXXIV

El amor inglés es poco hablador, poco locuaz, poco elocuente; no se atestigua por palabras, no se muestra ni en conversaciones encantadoras, ni en frases arrulladoras,

ni en nombrecitos de caricia. El puritanismo ha arrojado de la lengua las lindas estrofas de Romeo y de Julieta, la fraseología galantemente tierna de los siglos católicos; y el anglo-sajón protestante no tiene, « para expresar su llama », más que el lenguaje que habla á los protestantes del Strand, y cuyos vocablos exceden en su ciedad á las expresiones sucias de todos los pueblos del universo, ó bien el lenguaje de Tennyson, ese lenguaje medio místico, medio ordinario, reservado para el austero amor del matrimonio británico. El inglés no tiene vocabulario de amor. Y cuando lo encuentra en un francés, su severa educación y la costumbre de su varonil verbo, le hacen encontrar en los términos, en las palabras, en las gracias, algo de castrado, de infantil, de *trovadoresco*; al mismo tiempo que la ironía á la Swift, que hay siempre oculto en el fondo del inglés, lo lleva á fingarse interiormente « de esa gazmoñería en el hablar », y hasta al desprecio para la raza que lo emplea.

Hay también en el inglés el desdén de la palabra inútil, y como un pudor, muy distinguido por otra parte, en no acentuar las muestras de su amor con la charla.

En sus relaciones con la cortesana francesa es también más reservado que el francés, entregándose menos á su querida, no comunicándole, por decirlo así, nada de



sus pensamientos, de sus emociones, de su interior íntimo, encerrado en una conversación á solas consigo mismo de observador en frío.

Pero el inglés compensa esta falta de conversación, este defecto de expansión, por un aspecto de deferencia, por una admiración conmovedora en su candidez, por la sumisión de adolescente con su primera conquista, por un tono de la gran cortesía de los señores de otros tiempos con las impuras, en fin, por esos nada que halagan á la mujer caída en sus vanidades más secretas, colocándola á la altura de las demás. Así la Faustin había consagrado á lord Annandale un reconocimiento sin igual por esto, sencillamente por esto: porque no la tuteaba jamás en público, como sucede entre marido y mujer en un matrimonio superior que mira el tuteo como el lenguaje de la alcoba.

Además, en el inglés, que aun en medio de una adhesión muy viva tiene siempre para la criatura que no es una esposa legítima cierto desprecio y que casi nunca puede disimularlo, ocurre un hecho particular y del todo personal de la nación inglesa, respecto de las mujeres en la posición de la Faustin. Las grandes bailarinas, las grandes cantantes, las grandes cómicas, las grandes trágicas, son consideradas por la nobleza de la Gran Bretaña como una espe-

cie de humanidad de un orden superior, un mundo femenino elevado y como fuera del mundo del amor venal; y son aceptadas por la sociedad como *ladies*, y son recibidas en los palacios con la pompa y el boato de las grandes libreas, y de la manera como se recibiría al duque de York. Sucede entonces que la pasión por estas mujeres toma en los hombres de aquel país un carácter especial. Aquello es galantería casi divinizada, una unión sensual en las nubes, amor físico con idealidad y que pasa en medio de un besamano perpetuo y de pantomimas amorosas que tienen algo de minué.

Pero entre los ingleses, que son por naturaleza muy libertinos, bajo su máscara de frialdad y de espiritualismo, sucede con bastante frecuencia que en estas uniones erótico-sentimentales, y sin que esto quebrante lo más mínimo la pasión del amante por la mujer, conyugalmente adorada, cuando les pasa por la imaginación algún capricho lúbrico, el hombre va á ver á las mujerzuelas; y lord Annandale en esto imitaba á sus compatriotas.

## XXXV

Un día de representación de la Faustin, en el intervalo bastante largo que trans-



curre antes de la entrada de Fedra en escena, en el quinto acto, después del relato de Terameno, la trágica se encontraba en su cuarto.

En aquellos años, los cuartos del Teatro Francés eran de una gran sencillez. Un diván para descansar de la fatiga de un papel de gran trabajo, tres ó cuatro malos sillones, algunas fotografías de trajes de la actriz en obras de éxito, colgadas sobre papel barato, á veces un busto de yeso, ceñido de una corona marchita de flores artificiales, traída de alguna triunfante expedición por provincias; he aquí todo el mobiliario de la oscura y pobre habitacioncilla.

Aún no había llegado el tiempo del cuarto convertido en *boudoir*, en gabinete de curiosidades, en estudio, como el cuarto de la Croizette, con el alto gusto de sus suntuosas tapicerías; como el cuarto de la Lloyd, con la riente exposición en las paredes de sus platos de China; como el cuarto de la Samary con su original techo fabricado de abanicos japoneses; como el cuarto de la Tal y de la Cual, y sus antigüedades, y sus barro, y sus bocetos de pinturas impresionistas.

La Faustin comenzaba la revolución interior de los cuartos del Teatro Francés, ayudada por la amistosa colaboración de Luzy, gran comprador y rebuscador de an-

tiguallas, y que le había dado una parte de los objetos de arte que adornaban el saloncito y hecho adquirir la otra parte en maravillosas condiciones. Para el techo le había descubierto en un viaje por Italia un Tiépolo, uná de esas grandes y luminosas apoteosis de Venecia de un palacio de allá, en las lindas proporciones de cielo de cama del techo de Versalles, pintado por Lemoine, que se vé en el hueco de una ventana en el museo del Louvre. En cuanto á la tapicería, había encontrado, en la calle de Lappe, una antigua tela de Jony, con dibujos recortados y aplicados: una tapicería diferente de todo lo que se vé, y la cosa más rara del mundo. Se habría dicho que estaban revestidas las paredes por una tela desconocida, en la que el desvanecimiento de un ligero azul de engrudo se esparcía, en una tinta café con leche, una tela brillante de la más graciosa y de la más armoniosa luz á la de las lámparas, y esto en el resalte, en el relieve del punto bordado, y que era de un efecto muy particular. Nada puede dar una idea de la amable alegría de las pinturas representando escaleras monumentales de jardines, de terrazas con balaustrades, de columnatas perdidas en la florecencia blanca, rosa, rojo-ponceau, amarillo de azufre.

En fin, Luzy había decidido á la Faustin á comprar en casa de Vidalenc un



gran mueble que llenaba todo el fondo del saloncito de su cuarto, un mueble de tres *panneaux* de espejo, cuyos compartimientos se doblaban como los *panneaux* de un tríptico, y permitían á la mujer verse por todos lados y como en un gabinete de espejo; una verdadera obra de ebanistería de arte, de caoba chapada de bronce dorado y fabricada por Jacob para la emperatriz Josefina.

Aquella noche el saloncito estaba lleno; y lord Annandale, que las noches que representaba la Faustin pasaba toda la noche en la sala ó en su cuarto, estaba sentado junto á la chimenea apoyada la cabeza en un brazo colocado sobre el mármol, cogiendo la mano.

Los amigos eran tan numerosos, que á la entrada de uno nuevo veíase obligado otro á salir del cuarto, y que en el taburetito que había junto al sillón de la Faustin, el sitio de los favorecidos, aquello era una sucesión de gentes que no podían estar sentadas allí más que algunos minutos. El que daba conferencias para las damas, vuelto á la gracia de la trágica, se encontraba allí en aquel momento, tratando de conseguir de ella que asistiese á su próxima conferencia. «Ya sabe V., sombrero sencillo y abrigo de nutria reglamentario, este es el traje» —decía á la actriz levantándose y dejando el sitio á un director de

un gran periódico, que trataba de organizar una fiesta de beneficencia, y que venía á solicitar de ella que se dignara tener una tienda en la venta de caridad. Y el director del periódico era reemplazado en seguida en el taburete por Luzy, á quien lord Annandale detestaba absolutamente como si hubiera sido el amante de la Faustin.

En aquel cuarto, la mujer no era ya la mujer del *faubourg* Saint-Honorato y de todas partes, la mujer cuya mirada, cuya sonrisa, cuya expresión amorosa pertenecían á su amante solo. Allí, en aquel tibio rincón, en aquellas entrañas, por decirlo así, del teatro, reaparecía en ella algo de la antigua Faustin y de aquella coquetería general que tiene la actriz para todo el mundo. Sus ojos se armaban involuntariamente de provocación, su sonrisa se hacía algo prometedora, sus gestos de amistad se envolvían en tierna caricia. Se deslizaba por su persona todo aquello con lo que una mujer galante de alto coturno habla discretamente y de una manera velada, al deseo del hombre, y se entrega á su oficio de hacer enamorados. Allí, en aquel cuarto, la Faustin salía de pronto de la calma de su manera de vivir, de su seriedad actual, para entrar en la amabilidad febril, en un trabajo de gracia excitante y de ingenio de ataque. En fin, verificábase, en cierto modo, en la mujer una



especie de transfiguración *cortesanesca* que, sin que él dijera una palabra, ponía en un suplicio á su amante.

En aquel momento fué cuando un hombre grueso, sudando y sofocado, hizo irrupción en el cuarto. Llevaba guantes amarillos que hacían estallar sus gruesas manos, cadena de reloj pasada por el ojal del frac, una larga corbata de color, cuyas dos puntas caían sobre un chaleco blanco á la Robespierre, y su vientre prominente estiraba entre sus piernas un pantalón negro, en el que se veía el metal de un botón pronto á saltar. El infecto cómico de la legua empujando á todo el mundo y haciéndole huir, llegó hasta la Faustin, lanzándole con su voz de bajo, con la expansión y la risotada de una alegría de pueblo:

—¿Estás buena? ¿Me reconoces?

Y el antiguo compañero de los teatruchos de las afueras comenzaba con la trágica una conversación íntima, donde, en medio de enormes familiaridades, sonaba á cada frase el *tú*.

A uno de aquellos *tú*, lord Annandale, que estaba dando vueltas entre sus dedos nerviosos á una tacita con guarnición de hilo de bambú y con revestimiento interior de porcelana cáscara de huevo, la quebró de pronto.

—¡Oh, qué torpe!... Me ha roto mi preciosa taza... Una taza que procedía de la

venta de la Clairon... ¡La apreciaba en tanto!—dijo la Faustin acercándose á la chimenea y mirando los pedazos con la muda desolación de un niño que contempla un juguete hecho pedazos.

—¡Yo le regalaré á V. otra, querida... una más hermosa!—dijo lord Annandale.

—¡Ah! He aquí á los ricos... creen que todo se reemplaza con dinero... ¡Aunque me regalara V. una de oro!...

Y la trágica se puso á recoger cuidadosamente los fragmentos en un pliegue de la túnica de Fedra, en el que su mano, pasada por debajo, hacía el hueco.

—¡Oh, no se lo perdono!... Y le prohibo ahora tocar á lo que es mío—exclamó la Faustin en un tono mitad lloroso, mitad incomodado.

El cómico de la legua se obstinaba en seguir allí, durante la explicación, y hasta se permitía indicar uno que componía porcelana, cuando lord Annandale le lanzó una mirada fría que desde la punta de las botas subió hasta su rostro, una mirada tal, que el hombre, desconcertado de pronto, después de haberse mirado de arriba á abajo, con la turbación del que es sorprendido desabotonado en un salón, tomó silenciosamente el sombrero y desapareció sin despedirse de la Faustin.

—Sí, señor mío; es V. muy torpe, y además está hoy poco amable—dijo al cabo



de un momento la Faustin, algo disgustada por la visita de su antiguo compañero de teatro, y buscando una diversión en una de esas escenas mezcladas de ternuras, que tan bien saben hacer las mujeres en semejante ocasión.

—Julieta... no sé... pero aquí, tu cara, tu voz para los demás...

—¿Y qué tiene mi cara... mi voz?

—Además, cuando oigo á un hombre hablarte de *tú*... esto es más fuerte que yo... me entran ganas de matarlo — continuó lord Annandale sin contestar á su querida.

Esto era dicho con una voz muy dulce, pero con una cara á la que había asomado de pronto la aguda crueldad de los rubios.

—Entonces, amigo mío, has tenido verdaderamente una idea desdichada al amar á una mujer de teatro.

En este momento asomó por la puerta entreabierta del cuarto la cabeza de Raga-che, balbuceando con entonación bonachona:

—Bella señora, ¿se puede entrar?

Lord Annandale se levantó y empujó la puerta brutalmente, diciendo:

—Usted dispense, estoy hablando de negocios con la señora.

Después de hacer esto en un movimiento de irritación que no había podido dominar, el lord inglés, el hombre bien educa-

do, dejó escapar dos ó tres ¡Oh! ¡Oh!, como lo habría hecho ante la inconveniencia de cualquier otro; y volviéndose hacia su querida:

—¿Lo llamo?... ¿Quieres que le presente mis excusas?

La actriz se encogió de hombros, indicando su perfecta indiferencia respecto del individuo, y acercándose á su amante y cogiéndole las muñecas, le dijo inclinada sobre él:

—¿Pero te has vuelto loco, amigo mío?

—Estoy sencillamente celoso.

—¿Celoso de quién?

—¡De todo el mundo!

—¿Acaso del público también?

—¡Del público! — dijo seriamente el amante de la Faustin.

—¡Entonces pídemelo en seguida que deje el teatro!

—Julieta, yo no te pido nada... Si sufro, esto es cosa mía tan sólo.

La campanilla de aviso cortó la respuesta de la Faustin.

## XXXVI

La Faustin está acostada en una *chaise longue*, sin estar vestida, en el *negligé*, el abandono de una mujer que sufre de los



nervios. Meditabunda, preocupada, no responde á las preguntas afectuosas de lord Annandale, que desdobra al fin uno de esos grandes periódicos ingleses donde hay lectura para una semana.

—¿Pero tú no sabes?—dice de pronto la trágica, dando con la mano al periódico, que cae al suelo.—¿Tú no sabes que el teatro lo es todo para mí... es decir, que no comprendo cómo podría pasar el día si algo no me dijera que tenía que representar por la noche?... Vosotros no sospecháis lo que es la pasión de un artista por su arte... y encontrarías muy sencillo que yo abandoné mi carrera de la manera como se deja una tabaquería.

—¡Pero yo no te he pedido nunca eso, Julieta!

—¡No faltaría más sino que me lo hubieras pedido en términos formales!... ¡Ah, querido! A pesar de todo el amor que te tengo, me habría visto obligada á decirte: ¡No, mil veces no!... ¡Una gran actriz como yo no se retira de este modo!... En efecto, no me lo has pedido positivamente; pero...

—¡Te lo he pedido tan poco!... Y comprendo tan bien que mi amor no puede colmar el vacío que dejaría en tu existencia tu salida del teatro... que si tú quisieras dejarlo, yo haría todo lo posible por impedirte.

—Sí, eso está muy bien; harías todo lo posible para impedirme... los hombres son verdaderamente asombrosos... ¡Pero si cada vez que represento, te encuentro una cara de duelo!...

—Bueno, todavía estamos con lo del otro día.

—¡Si porque estoy algo amable con alguien, te veo, como se dice en las tragedias, agitado por los tormentos de los celos!

—Vamos, querida...

—¡Si, cuando me tutean, me estropeas mis cosas!

—¡Julieta mía!

—Si, cuando, en fin, el público me aplaude... porque me has dicho que esto te hace sufrir... ¿Lo has dicho ó no lo has dicho?

—He hecho mal... pero te prometo que no volveré á las andadas.

—¿Y crees que es divertido tener en su vida, á su lado, un caballero que sufre... y cuyo sufrimiento es como un reproche perpetuo... y que constantemente tiene el aire de decirnos que vuestro amor no es capaz de un sacrificio... y esto, en dos palabras: que se es una *sin corazón*?... ¡Querido, esto es muy desagradable!

Y con la mala fe que tienen las mujeres cuando están nerviosas, la Faustin, torciendo las respuestas de su amante, encontraba el modo de hacerle decir todo lo contrario de lo que expresaban; luego hizo el



proceso de los movimientos de su fisonomía, de los gestos de su cuerpo, y prolongando la discusión con ayuda de otras cosas y buscando quisquillas, lo estuvo asaeteando largo tiempo con su humor agresivo y batallador.

## XXXVII

—¿Y quién es?—dijo la Faustin á un compatriota de lord Annandale en el momento en que dejaba caer la pata de un caballo que examinaba con la mayor atención, mientras hablaba con el propietario del hotel.

Era la hora de la visita de las caballerizas, cuya limpieza acababa de ser hecha con el lujo de cuidados característico de una cuadra inglesa. Tres capas superpuestas de matices diferentes: la primera, de paja trezada en su tono natural; la segunda, teñida de verde, recordando la librea de la casa; la tercera, galoneada de rojo, desbordando de la litera, se escalonaban en clara y alegre armonía. Y toda la caballeriza, cubierta de arena finísima, estaba encuadrada en un friso de arena de color, y mostraba en medio del suelo, igualmente dibujados en arena coloreada, los blasones de la antigua familia, ó más bien el *crest*,

blasones más modestos y de interior, y despojados de sus lambrequines, de sus mantos de par, de sus soportes heráldicos, y reducidos al escudo y á la divisa.

—¿Que quién es, pregunta V.?—dijo el inglés volviéndose hacia la Faustin, y le nombró la actriz que pasa por la más espiritual de París.—Y añadió:—Sí, como yo le decía á mi amigo... ser su amante era una cosa deseable para mí... y sin embargo, esto no era más que un detalle... lo que yo quería era tener un hijo de ella... un producto que participase de todo el *esprit* de diablillo francés que hay en el cerebro de la encantadora mujer, y de mi «ponderación» de hombre de la Gran Bretaña... Ya concibe V. que esto debía dar un producto muy particular... muy curioso... muy extraordinario... Acaso encuentre V. la idea muy inglesa... La dificultad es que ella consentía en que yo fuese su amante... pero no se cuidaba lo más mínimo de que yo fuese padre.

—¿Y no ha conseguido V. convencerla?

—Sí, al fin... con mucho trabajo, diplomacia y dinero... pero el hijo no ha venido... Siento ¡oh, mucho, mucho!... que la experiencia no haya tenido éxito.

La Faustin dejó á los dos amigos con los caballos, y fué al *stable-yard*, que encerraba una colección de perros de todas las especies, donde cogió en sus brazos á Dick,